Paz y Bien

BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
NOVIEMBRE DE 2013 Número 142 ***Donativo $7.00 M.N.***

Queridísimos Hermanos en Cristo, la meditación de los Novísimos nos es muy propicia para despertar en nuestro corazón una verdadera resolución de dejar el pecado, de tratar de mortificarse para poner más en seguro nuestra salvación.

Escrita está la sentencia de muerte para el linaje humano, y a pesar de esto, es una extraña debilidad del espíritu humano el no acordarse nunca de la muerte, aunque se nos presente por todas partes y bajo mil formas diversas. *La meditación del sabio es el recuerdo de la muerte,* y con todo no se escuchan en los funerales sino palabras de admiración al ver que un mortal ha muerto, y todos tratan de sepultar los pensamientos de la muerte junto a los restos de sus muertos.

Certísimo es que la hora de la muerte nos llegará a cada uno en el momento determinado por Nuestro Señor, pero el mal está en que muchos miran la muerte tan a lo lejos, que la pierden de vista. Sin embargo, cuántos mueren de repente. . . y ¡cuántos pecando! Mas, seguramente ninguno de estos han pensado que en tal acción y en determinado momento habían de morir.

Nuestro Señor, aunque hablaba con frecuencia de los Novísimos, del santo temor de Dios, no espantaba a las muchedumbres, sino que les decía: "Yo soy la Resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque hubiere muerto, vivirá." *(Jn. XI, 25)* "Caminad mientras tenéis luz," *(Jn. XII,35)* porque viene la noche cuando nadie puede caminar. "*Caminemos*," aprovechemos bien el tiempo, corramos avaramente hacia Dios mientras el sol de la vida alumbra nuestro camino. Mañana será tarde; a cada momento de nuestra existencia muere un poco de nosotros mismos. Todas las horas nos hieren; la última de la vida nos remata.

Pensemos en el mucho tiempo que hemos vivido sin amar a Dios; pensemos sobre todo, en el poco tiempo que nos queda ya, quizá, para llenar nuestras manos de méritos antes que suene la hora final de nuestra vida terrena. ¡Si hiciéramos cada acto de piedad como si fuera el último de nuestra vida: meditaciones, comuniones, confesiones, caridades! ¡Qué manos más llenas! No debemos temer la muer-

te, sino más bien que llegue el Señor cuando todavía no hemos comenzado a aprovechar la vida para llenarnos las manos de buenas obras.

"Cristiano, imagina ahora," comenta San Alfonso, "que estás junto a un enfermo a quien quedan pocas horas de vida. ¡Pobre enfermo! Mirad cómo le oprime y angustian los dolores, desmayos, sofocaciones y falta de respiración, el sudor glacial y el desvanecimiento, hasta tal punto que apenas siente, ni entiende ni habla. . . estando ya próximo a la muerte, en vez de pensar en su alma y arreglar sus cuentas para pasar a la eternidad, sólo trata de médicos y remedios que le libren de las dolencias que le van matando. Ya no es capaz de pensar más que en sí mismo.

"De entre sus parientes y amigos no hay ninguno que se atreva a darle la nueva de su próxima muerte y exhortarle a que reciba los últimos Sacramentos. ¡Todos rehúyen el decírselo para no asustarlo, desmoralizarlo ni molestarlo!

"Para el moribundo que haya vivido sin acordarse del bien de su alma, espinas serán todas las cosas que se le vayan presentando. Espinas la memoria de los pasados deleites, de los triunfos y vanidades mundanos; espinas la presencia de los amigos que le visiten y las cosas que al verlos recuerde; espinas los padres espirituales que lo asistan y los Sacramentos que debe recibir; hasta el Crucifijo que le presenten será como una espina de remordimiento, porque leerá en la santa imagen cuán mal ha correspondido al amor de un Dios que murió por salvarle."

Y eso para las almas que por fortuna llegasen a desear recibir el Sacramento de la Extremaunción, a

los que venturosamente dejasen llegar a los pies de su cama un sacerdote. . . ¡Pero cuántos mueren sin los auxilios espirituales! Y, ¿qué es de los que quedan sin él?

Realmente, quien medita en la muerte no puede amar la tierra. . . ¿por qué, entonces, hay tantos desdichados amadores del mundo? ¡Porque no piensan en la muerte!

Si creemos, amadísimos hermanos, que hemos de morir, que hay una eternidad, que una sola vez se muere y que engañándonos entonces, el yerro es irreparable para siempre y sin esperanza de remedio, ¿por qué no nos decidimos desde ahora, en este instante, a practicar cuanto podamos para asegurar una buena muerte? Si en la noche de hoy debiéramos morir y recibir la sentencia de nuestra eternidad, ¿estaríamos bien preparado? ¿qué no daríamos por pedir a Dios un día más de vida, de tregua? ¿pues por qué ahora que Dios nos concede tiempo, no arreglamos nuestra conciencia? ¿acaso no puede ser éste tu último día, ésta tu última lectura y ésta la última llamada de Dios para que nos encaminemos al bien?. .

Sí, la muerte de los justos es un tránsito para el Paraíso. Los que tienen ajustadas las cuentas no temen el morir y su muerte es envidiable aun por los malos. Las almas justas con sus actos frecuentísimos de amor a Dios, por sus deseos y esperanzas de gozar de la presencia del Señor, ya antes de morir empiezan a disfrutar de aquella santa paz que después plenamente gozarán en el cielo. *Para el que ama a Dios y desea verle, ¡pena es la vida y alegría la muerte!*

El pensamiento de la muerte debiera bastarnos para conmovernos, por cuanto es terrible y de las cosas más ciertas y frecuentes que suceden en la vida del hombre. . . pero no siendo así, pensemos entonces en el juicio que le ha de seguir.

Dicen comúnmente los teólogos, que el juicio particular se verifica en el mismo instante en que el hombre expira; y en el propio lugar donde el alma se separa del cuerpo, es juzgada por Nuestro Señor Jesucristo, el cual no delegará su poder, sino que por Sí mismo vendrá a juzgar a cada alma. "Vendrá con amor para los buenos," dice San Agustín, "y con terror para los malos." ¡Oh qué espantoso temor sentirá el que al ver por primera vez al Redentor, vea también la indignación divina! Hasta los pensamientos se pesarán en la balanza de Dios, los defectos que ocultamos aquí serán manifestados, se nos hará cargo del capital y se nos pedirá el fruto que Dios esperaba de nosotros por los talentos que nos fueron confiados.

Lágrimas allí no valen, los arrepentimientos ya no aprovechan, las oraciones ya no son escuchadas, las promesas para el futuro no son admitidas, ni tampoco hay ya tiempo para hacer penitencia. Siendo así, que el Juez no puede ser corrompido ni con dinero ni con súplicas, ¿por qué no nos enmendamos ahora?

Dios penetrará en los rincones más oscuros de los corazones y de las conciencias, y presentará ante el reo todas las luces e inspiraciones que le dio y los años de vida que le concedió para que practicase el bien. ¿Qué responderá el pecador a Jesucristo? Para que el alma consiga la salvación eterna, el juicio ha de patentizar que la vida de esa alma haya sido conforme a la vida de Cristo.

Nuestro Señor a quien ahora se le ultraja, se le ofende sin reparo, como si Él no pudiera castigar cuanto quisiera, tiene destinado el día del Juicio Universal, llamado en la Sagrada Escritura, el día del Señor, en el cual Jesucristo se hará reconocer por todos como universal y soberano Señor de todas las cosas. Entonces Él se resarcirá justamente de la honra y gloria que los pecadores quisieron arrebatarle en este mundo.

San Alfonso dice: "Todos resucitaremos; los justos se mostra-

rán hermosos, cándidos, resplandecientes como el sol. ¡Dichoso el que en esta vida supo mortificar su carne, negándole los placeres vedados, y aun para mejor refrenarla, maltrató y rehusó también los placeres lícitos de los sentidos! ¡Cuánto se gozará entonces por ello! Y al contrario, los cuerpos de los réprobos se mostrarán deformes, hediondos. ¡Ah, qué pena tendrá el condenado al unirse con su cuerpo!

"Apenas hayan resucitado los muertos, dispondrán los ángeles que se reúnan para ser juzgados y separarán los justos de los malos, los cuales quedarán a derecha e izquierda. ¡Qué confusión sentirán los impíos cuando apartados de los justos, se hallen abandonados!"

Se tienen en este mundo por afortunados a los príncipes, a los ricos y se desprecia a los santos, a los pobres y humildes. Los malos que aquí se levantan con soberbia, como espigas sin grano, en el juicio quedarán humillados para ser destinados al fuego.

Continúa San Alfonso: "Los elegidos se hallarán a la derecha y esperando con los ángeles a Jesucristo, que ha de venir del cielo. Entonces, ¡cuán contentos estarán y cómo se alegrarán de haber hecho poco caso de los juicios y pareceres de este mundo! Ya no más trabajos, ni temores, ni sufrimientos, con Jesús estarán eternamente.

"Después de la senten-

cia," dice San Efrén, "los réprobos se despedirán de los ángeles, de los santos y de la Virgen Santísima." En aquel último juicio no resplandecerá más la luna, porque la Santísima Virgen no intercederá más por los pecadores. La sentencia de aquel día será tan justificada, que el mismo condena-do no tendrá qué replicar.

"Entonces los justos serán levantados en el aire. . . ¡Qué procesión y qué música serán las de aquella compañía celestial, cuando vayan con Cristo todos los suyos felices al cielo! ¡Con qué alabanzas y con qué triunfo entrarán los santos en compañía de su Señor! ¡Oh qué feliz entrada, con la cual, en orden admirable, serán colocados los santos en aquellas celestiales y diferentes mansiones para gozar y reinar para siempre con el mismo Dios!"

Preparémonos ahora para entrar en ese terrible día de ira divina que será el Juicio Universal. . . No seremos juzgados en él si ahora nos juzgamos a nosotros mismos. Apelemos ahora a la misericordia de la Justicia Divina, porque haciendo esto en vida no nos será negada en el juicio. Las lágrimas y el dolor de la verdadera contrición aplacan al Juez para con el pecador, por empedernido que éste haya sido, si lo hace en el debido tiempo. Esperemos en la misericordia si ahora vivimos con santo temor de la justicia.

El Infierno

El que no piensa en el infierno estando vivo, tiene peligro de ir allá después de muerto. Ciertamente, muchos no estarían en el infierno si lo hubieran considerado antes y si lo hubieran temido, porque si no se temen las penas eternas, ¿qué cosa se temerá? Es un loco aquél que cree en el infierno y no teme caer en él. Existe un verdadero y terrible infierno como castigo del pecado, tal cual lo vieron los niños de Fátima en 1917, tal como lo visitó Santa Teresa de Jesús. ¡Hay un Infierno!

Dos males comete el pecador cuando peca: deja a Dios, Sumo Bien, y se entrega a las criaturas, por lo cual merece castigo. Y así, no se puede consolar el pecador diciendo: "si fuere malo, basta con no ir a gozar de Dios; y por lo demás, no tendré ni pena ni gloria." Pero no es así, sino que forzosamente hemos de caer en una de las dos eternidades. O reinamos para siempre con Dios, o vamos a arder para siempre con los demonios; no hay término medio. Existen dos eternidades para dos clases de personas: con unas ha de usar el Señor de misericordia y con las otras de justicia. La suerte de los primeros es tan buena, que no la puede haber mejor, y la de los segundos es tan mala, que no la puede haber peor, pues la suerte de los justos es ver a Dios, que es el mayor de todos los bienes, y la de los réprobos es el carecer de Dios, que es el mayor de todos los males.

Esto deben considerar los que gustan de cometer los pecados mortales con la facilidad con que traga agua el que tiene sed, para ver la carga tan enorme que toma sobre sí. Consideremos la inmensa paciencia que Dios tiene con el mundo y con cada alma en particular. Vemos hoy día tantos pecadores empedernidos y llenos de malicia que, desde su primer uso de razón hasta los últimos días de sus vidas, han gastado la mayor parte del tiempo ofendiendo a Dios y despreciando sus mandamientos. Y en todo este tiempo los ha esperado Nuestro señor con suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida y sin dejar de llamarlos a la conversión y penitencia por muchos medios, sin que en ellos se despierte la menor señal de enmienda ni contrición. Pues, cuando se acabe la paciencia de Dios. . . ¡con qué ímpetu, con qué fuerza vendrá a caer sobre ellos la mano de Dios! Quien tantas veces despreció al Hijo de Dios, pi-

sando su Sangre Redentora, quien tantas veces lo crucificó y abofeteó con las peores obras que pudiera hacer un pagano, ¿qué puede esperar cuando le llegue la hora de la cuenta y del castigo?

Pero, lleguemos de nuevo a la consideración directa del infierno. Es de fe que hay un infierno, un lugar de tormentos, destinado al castigo de los rebeldes contra Dios. Lugar de tormentos donde todos los sentidos y potencias del condenado han de tener su propio castigo y donde aquel sentido que más hubiese servido de medio para ofender a Dios, será más gravemente atormentado. Mas, ¿qué lengua podrá explicar la muchedumbre de penas que allí se padecen?

¡Oh, locos y desventurados! ¿Qué os aprovechan ahora todos los placeres y diversiones de que tan poco espacio gozasteis, pues ahora eternamente lloraréis? ¡Oh, cuán breve goce hizo tan larga cadena de miserias!

Sin embargo, todas las penas que se pudieran referir, son nada en comparación con la pena de daño; las tinieblas, el llanto, el hedor, las llamas, etc, no constituyen la esencia del infierno: el verdadero infierno es la pena de haber perdido a Dios. Será singular tormento el considerar el tiempo que en vida tuvo el condenado para salvarse y lo gastó en perderse; las gracias que Dios le concedió y él menospreció. Tormento será el considerar que se ha perdido por verdaderas naderías y que hubiera podido alcanzar fácilmente el premio de la gloria.

¡Oh, con qué gemidos y clamores se quejarán los condenados al considerar que no se trata de treinta, ni de cien, ni de mil millones de años. . . se trata de padecer

para siempre terribles penas, dolores sin fin, pues la sentencia es ***¡IRREVOCABLE!***

¡Oh, queridísimos hermanos! Si hasta aquí hemos sido insensatos que, por renunciar a un mísero deleite, hemos preferido perder el reino de los cielos, procuremos remediar el daño. Cuando el enemigo nos induzca a pecar, pensemos en el infierno y acudamos a Dios y a la Virgen Santísima. La idea del infierno podrá librarnos del infierno mismo. Si tan grande es la pena que está esperada para el pecador, ¿por qué causa, los que esto creemos y confesamos, no miramos la carga que sobre nosotros tomamos cuando pecamos?

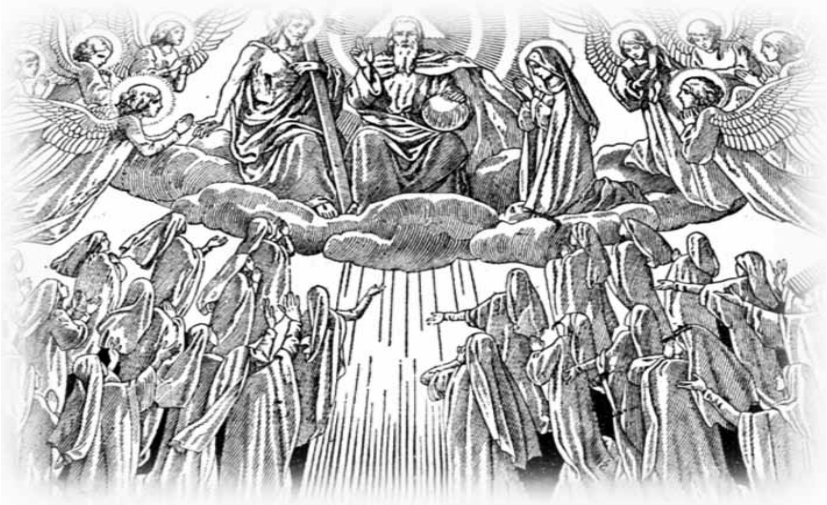
¡Cuántos arden en el infierno, siendo menos culpables que nosotros! *¡Velemos y oremos!*

Bastaría cualquier cosa de las ya dichas para inclinar nuestros corazones al amor de la virtud, mas, porque es tan grande la rebeldía del corazón humano, que muchas veces ni con todo lo anterior se vence, añadimos aquí otro motivo no menos eficaz que los anteriores, que es la grandeza del premio que se promete a la virtud, *la gloria del Paraíso.*

Amadísimos fieles: en todas nuestras acciones miremos el fin, que es el cielo. Jesús comienza su sermón de la Montaña hablando del cielo y repite este tema con frecuencia a través de sus predicaciones: "Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en el cielo." (Mat. V, 12) "En la casa de mi Padre hay muchas moradas. . . Yo voy a preparar lugar para vosotros." *(Jn. XIV, 2)*

Desde entonces, más que antes, en cualquier parte de la tierra en que nos encontremos, siempre nos sentiremos unos pobres desterrados, porque nuestra Patria es el cielo. ¿Quién, viéndose peregrino, no anhela volver a la patria? ¿Por qué no nos esforzamos para alcanzar y volver a esa Patria? El pensamiento del cielo debiera aflorar en nuestra vida, sobre todo en los trances difíciles. La esperanza del cielo endulza el diario vivir. El alma desterrada desfallece y gime bajo el peso de la carga de la cruz, pero alienta en su corazón la certeza del cielo. Esta es nuestra fe. ¡Si obráramos siempre así! Pero nos olvidamos del cielo y todo se vuelve sufrir, reñir y desgastarnos por los placeres de la tierra.

"Vuestra tristeza se convertirá en gozo" *(Jn. XVI, 20)* Meditemos



sobre la felicidad de la gloria. . . Mas, ¿qué diremos de esta felicidad si ni aun los santos más inspirados han acertado a expresar las delicias que Dios reserva a los que le aman?

La gloria del cielo no es un solo bien, es un cúmulo de bienes, pues en ella se goza el Sumo Bien. ¿Qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? ¿Qué será el Paraíso, lugar preparado por Dios para manifestarse en él a la vista de sus amados? ¿Cuál es el bien imperecedero por el cual Jesucristo quiso sudar gotas de sangre, ser escupido, escarnecido y muerto en una cruz, para alcanzárnoslo?

Nuestros ojos se esfuerzan por penetrar en aquel mundo maravilloso de figuras recamadas de oro y sumergidas en un océano de felicidad; ojos que irradian alegría, frentes inundadas de luz, bocas llenas de alabanza y exentas de desdén, semblantes henchidos de dulzura, paz, gloria y bienaventuranza. Con una santa envidia contemplemos aquellos rostros, donde ya no queda huella del dolor. Sus frentes llevan el sello aristocrático de los héroes, sus manos empuñan la palma que no se marchitará, en sus sienes brillan las coronas de triunfo. Atletas valerosos, guerreros afortunados que lucharon y vencieron. Amaron la verdad con frenesí, cultivaron con paciencia la buena semilla en el campo de sus almas, dejaron regueros de rosas en sus caminos, sembraron la alegría y la paz, levantaron fanales de luz en medio de sus hermanos y disiparon tinieblas, mataron errores, destruyeron ídolos, aliviaron miserias y lucharon con divino ardor para ensanchar las fronteras del reino de Cristo. Vencidos acaso un día, lograron levantarse de nuevo y arrebatar al enemigo la victoria. Y lo mismo los que nunca cayeron, todos gozan ahora de aquella vida para siempre bienaventurada que

enajenaba su espíritu mientras vivían en esta tierra.

¡Oh Dios! ¿qué dirá el alma cuando llegue a ese felicísimo reino? ¿Qué sentirá al penetrar por vez primera en aquel venturoso reino y ver aquella ciudad de Dios, dechado

insuperable de hermosura? ¿Qué al contemplar a la Virgen María, más hermosa que el mismo cielo; al Cordero sin macha, divino Esposo de las almas? ¡Cuánto agradecerles! ¿Qué será el oír los coros de ángeles y santos, que unidos cantan las misericordias y glorias divinas?

Pues, ¡oh miserables!, ¿en qué andamos entretenidos en el mundo buscando pajas, dejando aquel raudal de felicidad y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andamos mendigando y buscando a pedazos lo que hallaremos recogido y grandemente aventajado en el cielo? Si deleites deseamos, levantemos el corazón y consideremos cuán deleitable será aquel Bien que contiene en sí todos los deleites y bienes. Si nos agrada esta vida creada, ¿cuánto más la de Aquél que todo lo creó? Si la hartura y abundancia, allí la hay por toda la eternidad. En fin, allí no habrá temor de pobreza, sino una vida siempre alegre con gracia de inmortalidad.

Cuando nos aflijan las cruces de esta vida, esforcémonos en sufrirlas pacientemente con la esperanza del cielo. Consideremos que si somos fieles a Dios, en breve se acabarán esos trabajos, miserias y temores y seremos admitidos en la Patria Celestial. Allí nos esperan los santos, la Virgen Santísima, allí Jesucristo nos prepara la inmarcesible corona de aquel perdurable reino de gloria. Gran consuelo es para quien trabaja, el considerar que le resta una eternidad para gozar. Así que cuanto más se ama a Dios aquí abajo, tanto más se gozará de Él allá arriba.

¡Sea para gloria de Dios!

Vestir con Dignidad

Continúa del número anterior del libro escrito por la Sra. Colleen Hammond

Capítulo I

Fuera del Edén

Creo que es bastante obvio que las modas femeninas de hoy están destinadas a destruir la sensibilidad de la mujer por su femineidad. Y la femineidad ¿cuándo se volvió una característica indeseable?

La Doctora Alicia Von Hildebrand dice que cuando la mujer ya no se ruboriza es indicio de que la sociedad está al punto de un colapso moral. Si esto es verdad, ¡parece que existe un gran problema! También dice ella que nosotras las mujeres tenemos gran parte de la culpa por la pérdida de respeto a la pureza en nuestra sociedad. Estoy de acuerdo. Si no nos tratamos a *nosotras mismas* con respeto, vistiendo modestamente, ¿cómo queremos que lo hagan los demás? Al vestir inmodestamente, traicionamos nuestra misión como mujeres y la vocación que Dios mismo nos ha dado de ser guardianas de la pureza.

La moda expresa la dirección que toma la sociedad, y no sé qué piensan ustedes, pero yo no voy a seguir las modas de una cultura moralmente corrupta. La norma absoluta es la siguiente: "Si una moda induce a los demás a pecar, es pecaminoso vestirla".

Las palabras *ocasión próxima de pecado*, se aprenden en la clase de catecismo católico. Cualquier persona, lugar o cosa que presenta atracción al pecado, es una ocasión próxima de pecado. Vestir una ropa que puede hacer surgir pensamientos o deseos impuros en los demás es presentarles una ocasión próxima de pecado. Llevar este tipo de ropa sabiendo que tiene este potencial es pecado (ya sea mortal o venial, dependiendo del grado de la inmodestia y de otras circunstancias).

Así, por ejemplo, ¿acaso un apretado pantalón de mezclilla a la cadera que trae una joven, no provoca pensamientos y deseos impuros a los jóvenes? Muchos hombres (jóvenes y viejos) me han escrito para decirme que la respuesta es que sí. De hecho, hablé recientemente con un viejito de 82 años que me dijo que le era muy

difícil asistir con devoción a Misa porque muchas de las jovencitas y sus madres que están en la banca delante de él llevaban pantalones. Él expresó que la edad del hombre no importa cuando se trata de este tipo de tentaciones.

Su Santidad Pío XII, refiriéndose a las palabras de Nuestro Señor que dijo que era preferible cortar la mano o sacar el ojo que caer al infierno, dice: "Nunca debemos ceder, ni de pensamiento, al pecado. Y debemos rechazar enérgicamente a todo lo que puede manchar en lo más mínimo la hermosa virtud de la pureza. En esta materia, ningún cuidado, ninguna severidad puede ser excesiva."

El Santo Padre sigue diciendo que el método clásico de combatir la tentación es mejor huir que luchar. Además dice que esta lucha incluye una vigilancia constante.

Entonces señoras y señoritas, ¿eso quiere decir que los buenos hombres cristianos deben *huir* de nosotras si vestimos inmodestamente? ¿Nuestros "hermanos" están obligados a mantener una constante lucha por la pureza? Cuando nos vestimos ¿estamos pensando en sus almas? Tal vez debemos pensar esto más seriamente.

En nuestra sociedad corrupta y decadente hemos perdido el sentido de lo que es decente y lo que no lo es. Algunas madres están fascinadas de que sus hijas se vistan como la cantante Madonna.

Su Santidad Pío XII, con respecto a lo que él consideraba una seria amenaza a la delicada virtud de la pureza, escribió por el año 1957: "Un exceso de inmodestia en las modas incluye, en la práctica, el corte del vestido. El vestido no debe ser valorado según la estimación de una sociedad ya corrupta o decadente, sino según las aspiraciones de una sociedad que aprecia la dignidad y la seriedad de su pública apariencia.

¡Recuerda cómo eran las modas en 1957! El Papa expresa la importancia de la intención del modista. ¿Los modistas buscan crear ideas y sensaciones impuras al inventar sus modas? Yo antes era modelo y a veces me pedían que llevara conjuntos inmodestos. Por la gracia de Dios nunca vestí algo por lo cual ahora tuviera que arrepentirme.

En mi vida como madre de familia, he observado que cuando la mujer se viste de manera femenina, modesta y digna, los hombres la tratan con respeto y consideración. La ropa trae un mensaje poderoso y como dice el dicho: se tiene sólo una oportunidad para causar la primera impresión. El Papa Pío XII menciona la hermosa significancia del vestido blanco llevado por un niño el día de su primera comunión o el de una jovencita el día de su boda. Y él pregunta: ¿acaso no simboliza el esplendor totalmente inmaterial del alma que ofrece lo mejor de sí misma?

Al contrario, hoy hemos perdido el sentido del decoro en el vestir en público. Es una tentación correr a la tienda con lo que llevamos puesto sólo por el simple hecho de que "todos lo hacen así." En el súper he visto mujeres con pantuflas y batas, mujeres con tubos en su pelo y hombres y mujeres con la camisa suelta.

Un día tuve que salir de prisa de casa a la tienda y pensé: "¿Debo irme así vestida en fachas, o debo cambiarme y arreglarme un poco?" Mis padres me habían enseñado que es una señal de respeto a los demás cuando te arreglas lo mejor posible para aparecer en público. Así representamos y honramos a nuestra familia y nuestras acciones dan mejor ejemplo que las palabras.

En el pasado me he fijado que, cuando estoy vestida de manera limpia, modesta y femenina, los hombres me abren las puertas, me ayudan a encontrar lo que necesite en la tienda y ofrecen llevarme las cosas al coche. Sin embargo, si corro a la tienda vestida en fachas, se me trata como "una más". Nadie me abre las puertas, nadie me ayuda a encontrar lo que necesito, nadie ofrece llevar mis compras al coche.

Este día, pues, antes de ir a la tienda, me puse un vestido mejor, me maquillé un poco y me peiné. Y ¿qué creen? El muchacho de la tienda me ayudó a buscar lo que necesitaba, sin que yo lo buscara o tratara de insinuárselo.

¿No es agradable ver a hombres que todavía tienen el sentido de la cortesía y tratan a las mujeres con respeto? ¿Y qué tiene de malo permitir al hombre cumplir el papel que Dios le ha dado como protector y proveedor? ¿Por qué

creen que los hombres traten diferentemente a las mujeres cuando se visten como tales?

Siempre es bueno tratar de sacar lo bueno de los demás. Si los hombres ven a una mujer que se viste con dignidad y se porta con gracia y femineidad, es una señal de que se le debe acercar con el respeto, la reverencia y el honor que se debe a una mujer. Mis amigos me han dicho que es mucho más agradable hablar con una mujer que se viste con buen gusto, porque no se distraen viendo su cuerpo. Es un desafío para un hombre decente hablar con una mujer mal vestida, que por supuesto no quiere cortejar, porque tiene que forzarse a enfocar la vista en su rostro.

Al contrario, cuando una mujer se viste con dignidad, al hombre se le despierta su instinto caballeresco. Su femineidad les ayuda a elevar sus pensamientos, les hace apreciar el honor de la mujer, a respetar la verdad y la belleza y crecer en su papel de caballero galante.

(Continuará)

¡Sea para gloria de Dios!